

EL AMOR Ó LA MUERTE

POEMA EN UN CANTO

Al Sr. Marqués de Vallejo, cuya discreción y trato ameno son el encanto de su amigo.

CAMPOAMOR.

(Monólogo representable)

Sala con dos puertas laterales.—Una mesa en medio.—A la derecha del espectador, un balcón que da á un parque.—Sale Marta por la izquierda, y llega hasta la puerta de la derecha, siguiendo con ansiedad los pasos de alguno que se aleja.

I

Se matarán. Todo hombre enamorado
es un loco de atar, que no está atado.
Y serán al batirse sin padrinos,
más bien que caballeros, asesinos.

(Leyendo un papel que está sobre la mesa.)

He aquí el papel copiado. De esta suerte
dejarán la justicia escarnecida:
—Que no se culpe á nadie de mi muerte:
me mato por cansancio de la vida.—

II

Entre Iván y mi esposo
que uno muera es forzoso.
Si yo evitar pudiera...
ya está echada la suerte.
Se batirán los dos, aunque yo muera:
sólo hay para los celos guerra á muerte.
No, no hay remedio; esperaré con calma
el término del duelo.
¿Por qué escogió para vaciar mi alma
el molde de los mártires el cielo?
Con calma aguardaré. Pero, ¡Dios mío!
mi sangre asaetea cruelmente
un intenso y eterno escalofrío;
y este sudor que salta de mi frente
lo voy sintiendo alternativamente
aquí tibio, aquí ardiente y aquí frío.

III

¡Mi marido! ¡Con qué arte, el fementido,
sus cartas verdaderas me ocultaba,
y luego en otras falsas me contaba
que estaba Iván á ctra mujer unido!
¿Podré después de infamias semejantes
admitir en mi hogar á tal marido?
¡Pegarí fuego antes
á esta casa paterna en que he nacido!
Al ver como mis celos inocentes
explotó con el dolo y la mentira,
desgarro las palabras con los dientes
y trituro los dientes con la ira.

IV

¡Pobre Iván! ¡pobre Iván! ¡Con qué contento,
no creyendo leal mi casamiento,
con el alma rendida
me venía á cumplir su juramento!
Si le vuelvo á ver más estoy perdida.
Ya no es posible para mí la vida
sin respirar un poco de su aliento.

V

(Mirando al parque)

No llegaron al parque todavía.
Si durase esto más me moriría.
Bien, Marta; y ¿qué es primero?
¿El amor ó el deber? ¿Qué es lo que quiero?
¿Qué quiero yo? Quiero engañarme en vano.
Tú sabes, corazón, lo que deseas...
¡Me duelen aquí tanto las ideas
que quisiera arrancarlas con la mano!
Sí, desolado corazón, te engañas.
Mientras odio por pérfido al marido
que me perdió con sus innobles mañas,
del amante vendido
no me cabe el amor en las entrañas.

VI

¡Ay! ¡Desde el triste día
en que un hombre falaz y enamorado
me juró que sabía

que estaba Iván casado,
siendo imposible para mí el olvido,
con cuerpo frío y con el alma yerta
viví con mi marido
dejándome querer como una muerta:
y á mi deber atada,
siempre he aspirado á disfrutar en vano
el placer soberano
de la mujer amada
que apura enamorada
la hez divina del amor humano!

VII

(Mirando desde cerca del balcón)

He allí á mi esposo. El vil tiene en su abono
que su amor, más que loco, le hace necio.
Por caridad, si muere... le perdono.
Si vive le honraré con mi desprecio.
¡Con qué febril encanto
al duelo se prepara!
Su vista me da espanto,
y eso que me ama tanto,
que hasta encuentra sabrosas en mi cara
las sales nauseabundas de mi llanto.
Como duelista experto,
después que á su rival ha calumniado,
va á matar ó á ser muerto.
Me tiene ese malvado
una pasión de fiera del desierto.

VIII

Ya llega Iván, el único deseo
de mis días felices;
sin poderlo evitar, cuando lo veo,
mis ojos en su cara echan raíces.
¡Iván! si me casé, saben los cielos
que lo hice por celosa y no por tierna:
¡con un día de celos
no puede competir la vida eterna!
Tal vez no me creería
si hoy mismo le dijera
que le amé y le amo tanto, que podría
refrescarse mi amor en una hoguera.
¡Con qué ánimo tan fuerte,
mirando á su contrario desafia,
cruzándose de brazos, á la muerte!

Parece que va al duelo
á despreciar las iras
del vil que con mentiras
ha puesto entre los dos un mar de hielo.

IX

Huele á incendio la tierra en el verano.
Dejo este sitio porque el aire quema.
Hoy se respira un no sé qué malsano.
No quiero ver ni oír. ¡Empeño vano!
¿Cómo alejarme en la ocasión suprema?
Pues no puedo impedirlo, que se batan.
Sólo mueren los celos cuando matan.
O el amor, ó la muerte: he aquí el problema.

X

(Suena un tiro en el parque).

¡Horror! ¿Qué es lo que ha hecho
con Iván indefenso aquel malvado?
Al verle desarmado,
con los brazos cruzados sobre el pecho,
el cobarde, á traición, lo ha asesinado.
¡Yo quisiera gritar enfurecida;
pero mi rabia es tanta,
que por ella agrandada y comprimida
no me cabe la voz en la garganta!
Nada iguala á mi cólera y mi pena.
¡Oh Dios! ¿Quién pensaría
que aquél que el alma fué del alma mía,
hoy vendría á caer sobre la arena
que mi madre pisó cuando vivía?
¡No puedo respirar de sentimiento!
¡Ya para mí no hay esperanza alguna!
Después de conquistarlas una á una,
perdí mis ilusiones ciento á ciento.
¡Cuántas veces soñó mi pensamiento
ver su amor hecho carne en una cuna!
Mas ¿qué escucho? Es su voz. Oigo en el viento
los tetricos gemidos
de su postrer momento...
¡Aun son para su acento
todos los poros de mi cuerpo oídos!
Fué su voz, fué su voz la que escuchaba,
porque llega hasta mí, como esperaba,
un céfiro cargado de un «te adoro».
¡Gracias á Dios que lloro,

de llorar hacia dentro me abrasaba!
 ¿Qué luz se alza del suelo
 ante la cual con misterioso anhelo
 mi espíritu encantado se prosterna?

(Arrodillándose).

¡Es la estela de su alma que va al cielo!
 ¡Adiós! ¡adiós! ¡Hasta la vida eterna!

XI

¿No es el otro que sube? ¡Ay de mí triste!
 Me vendrá á recordar que aun soy su esposa.
 No; que venga y verá cómo resiste
 á un hombre audaz, una mujer furiosa.
 ¿Cómo, al ver mi ternura
 ese ciego, no advierte
 que el amor, cuando raya en la locura,
 no tiene más salida que la muerte?
 ¿Tendrá en estos momentos la vileza
 de insultar mi tristeza?
 ¡Oh! ¡de pensar en tan atroz injuria
 se me enrosca el cabello en la cabeza
 lo mismo que en el cráneo de una furia!
 ¡Qué oscuridad! Mi turbación es tanta
 que ve entre sombras mi mirada incierta
 en el aire flotar algo que espanta.
 ¡Jesús! ¡Cuánta visión! Mi pie no acierta
 á salir al encuentro á ese villano.
 ¡Valor! ¡valor! ¡Veré si hallo la puerta
 apartando fantasmas con la mano!

XII

(Llega á la puerta de la derecha y, después de cerrarla, arroja la llave).

¡Atrás! ¡atrás! Digo que ¡atrás, perjuró!
 No quiero ser mujer de un homicida
 que quita á otro la vida
 además de á traición, sobre seguro.
 No pudiendo matarte á puñaladas,
 antes que todo acabe,
 al menos por el hueco de esta llave
 te podré apuñalar con las miradas.

(Empujan la puerta desde fuera).

El destino te ciega, y ten presente
 que mi amor es más ciego que el destino,
 y decididamente,
 como abras esta puerta, te asesino.
 No llares, imprudente,

pues si eres como Iván asesinado,
 puede saber la gente
 que tu sangre es un cieno colorado.
 ¿Que abra y calle? Comprendo.
 No quieres que te llame
 el traidor de este drama, en que estás siendo
 vil á la entrada, á la salida infame.
 No callaré ni ocultaré, maldito,
 la rabia que me anima.
 Ahora que la muerte se aproxima,
 ya sólo necesito
 seis pies de tierra y tu desprecio encima.
 En medio de mi bárbara tortura
 al verte padecer siento un consuelo.
 ¿Que si no abro me matas? ¡Oh, ventura!
 ¡Estar muerta con él! ¡Frase del cielo!
 Cuando caiga á pedazos esta puerta
 ya no hallarás á la mujer vendida.
 ¿Que adónde voy? ¡Infame! Y ¿no lo acierta
 tu alma envilecida?
 ¡Voy á estar con Iván ó viva ó muerta!
 ¡Voy á unirte con él á la otra vida!

(Al ver caer la puerta, Marta se arroja por el balcón).

(CAE EL TELÓN)

LA ORGÍA DE LA INOCENCIA

POEMA EN UN CANTO

I

La buena Ana María
llevó á rezar al cementerio un día
á dos niños cogidos de las manos.
Como estaba alto el sol, la tierra ardía ;
y á causa de unos céfiros malsanos,
con el calor que hacía,
en aquel cementerio se sentía
el narcótico olor de los pantanos.

II

Mientras los tres marchaban,
las nubes, por el cielo divididas,
como sombras huídas,
sin pie en la tierra ni en el mar, volaban.
Y cuando Ana María
entró en el cementerio, en compañía
de un niño de seis años no cumplidos,
que á la edad que tenía
ya era un Colón, descubridor de nidos,
y otra niña menor, y más querida,
con su timbre de voz sin consonante,
que aunque se halle dormida
jamás duerme la risa en su semblante,
de su marido al contemplar la huesa
crecieron sus ojeras amarillas ;
y poniendo á los niños de rodillas,
«Rezad—les dice—aquí». La tumba besa,
y de sus hijos escondiendo el duelo,
sepultó entre los pliegues de un pañuelo
sus mejillas de lágrimas bañadas,
y hacia un rincón marchó, con sus pisadas
hollando el césped que acolchaba el suelo ;
y allí apartada, con la fe invencible,
de todo el que ve á Dios en lo invisible,
rezaba con angustia verdadera
fijándose en un punto de esa esfera
adonde no hay orientación posible.



LA ORGÍA DE LA INOCENCIA

y sirviéndole al niño, en su ardimiento,
el busto de su padre de escalera,
se sube á comer moras, tan hambriento,
que el infiel las reparte de manera
que echando una á su hermana, come él ciento.

III

Ya alejada la madre,
los niños no pensaron ni un momento
en el nombre del santo de su padre,
sobre todo al mirar con gran contento
que por cierta hendidura
brotaban de la santa sepultura
dos zarzas que, cual plantas trepadoras,
tendiéndose de un lado al otro lado,
tenían el sepulcro coronado
de rositas, de ramas y de moras.

IV

Y como es tan corriente
que hasta en el trance del vivir más triste
en toda sangre juvenil existe
cierto calor de sedición latente,
los niños piensan, al mirar las moras,
en imitar de Lúculo la suerte.
¡Qué tremendas doloras
va haciendo á todas horas
la vida en sus batallas con la muerte!

V

A la vista del fruto
venció la tentación á la tristeza,
como un justo tributo
pagado á la brutal naturaleza,
y sirviéndole al niño, en su ardimiento,
el busto de su padre de escalera,
se sube á comer moras, tan hambriento,
que el infiel las reparte de manera
que echando una á su hermana, come él ciento,
mientras la niña, ansiosa
para coger el fruto, cuidadosa
el faldellín levanta,
mostrando desnudeces seductoras,
y así cogiendo y devorando moras
se unta á un tiempo la cara, come y canta.

VI

¡Perdonad la ignorancia
de dos niños alegres que comían.

frutos sabrosos que tal vez tendrían
del cuerpo de su padre la substancia!
¡Esta es la ley impura que sufrieron
cuantos seres nacieron y murieron!
En los huertos romanos
los pájaros se comen los gusanos
que á los dueños del mundo se comieron.
Y esta fuerza, ora muerta y ora viva,
logrará eternizar nuestra miseria
con la fuerza atractiva y repulsiva
que agrupa y desagrupa la materia,
pues por nadie ni nada interrumpida,
en misteriosa evolución convierte
la ley de nuestra vida en ley de muerte;
y la ley de la muerte en ley de vida!

VII

Cuando el niño atrevido,
haciendo la mayor de las locuras,
realiza, sobre el busto sostenido,
una de esas diabluras
que le soplan las brujas al oído,
y la niña menor, de gozo loca,
que, en vez de hablar, gorjea,
abre á un tiempo los ojos y la boca,
salta, corre, se ríe y palmotea,
se acerca Ana María,
y viendo en los hermanos
aquella borrachera de alegría,
frotándose los ojos con las manos,
no quería creer lo que veía;
y sintiendo la madre
la angustia que anonada la existencia,
al ver á aquellos monstruos de inocencia
bailar sobre los huesos de su padre,
ya perdida la calma,
suprimiendo rodeos y cariños,
—Vamos—grita á los niños,
sintiendo un frío que le llega al alma;
y para verlos, aunque malos, bellos,
arregló seis mechones de cabellos,
cuatro de ella y dos de él, les dió la mano,
y arrastrando á la hermana y al hermano,
transida de dolor, huyó con ellos.

VIII

Y andando, y recordando aquella orgía,
ya siente con horror Ana María
las acres ironías del destino,
y cree ver por la tierra y por los cielos
las cenizas volar de sus abuelos
mezcladas con el polvo del camino;
y perdiendo la magia
de todas sus primeras ilusiones,
su corazón ya herido le presagia
que es el mundo una selva de leones
y la vida un festín de antropofagia.

IX

Y camina y camina,
y al entrar en su albergue, sin aliento,
aun ve en su pensamiento
la creación amenazando ruina.
Mas, vuelta en sí después, halla consuelo,
pensando en que el espíritu no muere,
y que el Dios de bondad que tanto quiere,
lo que separa aquí, lo une en el cielo.
Y volviendo á su alma una por una
la fe sus perspectivas celestiales,
cuando cree, entre otras cosas inmortales,
que es el sepulcro una segunda cuna,
cayendo en Occidente el sol rendido
puso fin por fortuna,
tras un día de horror sin parecido,
á una tarde siniestra cual ninguna;
y después, sobre el mundo adormecido,
derramando la calma y el olvido,
su nevada de luz echó la luna.